



SANT'EGIDIO

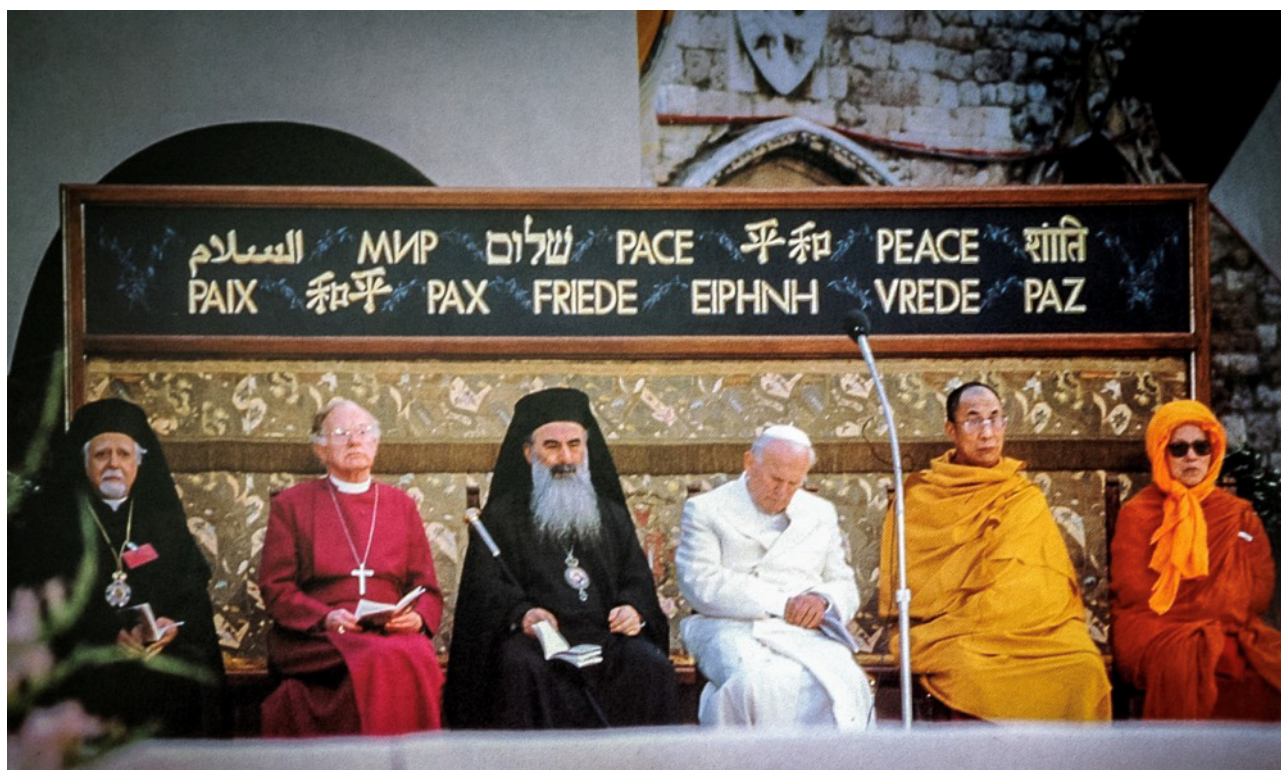


Los caminos de la paz en el «Espíritu de Asís»



INTRODUCCIÓN

La foto de la Jornada Mundial de oración por la paz de Asís del 27 de octubre de 1986, que muestra al papa Juan Pablo II con los líderes de las religiones con sus variopintas vestiduras, es una de las imágenes religiosas más destacadas del siglo XX.



Asís 1986: los líderes religiosos con Juan Pablo II

En Asís, las distintas comunidades religiosas rezaron en lugares diferentes, al mismo tiempo, para afirmar que solo la paz es santa, y que la búsqueda de la paz forma parte del corazón de todas las tradiciones religiosas. Era un mensaje fuerte e inequívoco que deslegitimaba la violencia y la guerra perpetradas en nombre de la religión. Era algo sencillo y nuevo: rezar por la paz, no unos contra otros como había ocurrido durante siglos, quizás milenios, sino unos junto a otros por la paz.



Aquella imagen se ha convertido casi en un icono moderno: los líderes de las distintas religiones mundiales juntos. Aquella imagen tenía una belleza, casi una estética del diálogo. Mostrarse unos junto a los otros era un modo de demostrar a los respectivos fieles que vivir juntos era posible y que los pueblos eran una única gran familia. Juan Pablo II dijo: «Tal vez nunca como ahora en la historia de la humanidad ha sido tan claro a ojos de todo el mundo el vínculo intrínseco entre una actitud auténticamente religiosa y el gran bien de la paz».

El sueño de Wojtyla era el nacimiento de un movimiento interreligioso de paz, un movimiento que surgiera de la jornada de Asís. «La paz –dijo al término de aquella jornada– es una obra abierta a todos y no solo a los especialistas, a los sabios y a los estrategas.»

Han pasado más de 30 años. El «Espíritu de Asís» sigue siendo un referente que libera a las religiones de la tentación de la violencia, fomenta el diálogo entre ellas y la búsqueda de la paz. Quizás hoy sea más necesario que nunca. El camino ha seguido, año tras año, por muchas ciudades del mundo. Ha despertado esperanza. Ha abierto procesos que han permitido poner fin a conflictos sangrientos. Ha roto el blasfemo binomio guerra-religión. En el encuentro que se celebró nuevamente en Asís en 2016, treinta años después de aquella primera Jornada, el papa Francisco habló de la «gran enfermedad de nuestro tiempo: la indiferencia. Es un virus que paraliza, que vuelve inertes e insensibles. No podemos permanecer indiferentes», dijo. «Hoy el mundo tiene una ardiente sed de paz. En muchos países se sufre por las guerras, con frecuencia olvidadas, pero que siempre son causa de sufrimiento y de pobreza. Solo la paz es santa, no la guerra. Nuestro futuro es el de vivir juntos», esperando que los creyentes de religiones diferentes «se encuentren, se reúnan y susciten concordia, especialmente donde hay conflictos.»



El papa Francisco en Asís el 2016

UN MOVIMIENTO ESPIRITUAL



Abrazo entre el papa Juan Pablo II y el rabino Elio Toaff, Roma, 1986

Anunciada solemnemente el 25 de enero de 1986 en la basílica de San Pablo Extramuros, la iniciativa de Juan Pablo II de invitar a los líderes de las religiones mundiales para celebrar una jornada de oración por la paz se insería en la línea de sus viajes de 1979 a Turquía y de 1985 a Marruecos, durante los que se había reunido con líderes y jóvenes musulmanes, y a los que siguió, precisamente pocos meses antes de Asís, la visita a la sinagoga de Roma del 13 de abril de 1986.

Algunas decenas de representantes de distintas confesiones cristianas y de las demás religiones se reunieron con Juan Pablo II en la «ciudad de Asís, lugar –dijo el Papa en aquella primera Jornada– que la figura seráfica de Francisco transformó en centro de fraternidad universal. Amigo de Dios y testigo de paz, icono de Cristo humilde y pobre, muestra toda la fuerza de una fe vivida en el abandono a Dios y en el amor por todos».¹

Asís, la ciudad de san Francisco, cuya figura ha superado las fronteras del mundo cristiano con su mensaje de fraternidad universal, era el lugar más expresivo del espíritu de diálogo y de oración que caracterizó aquel primer e histórico encuentro.

La iniciativa del Papa fue considerada un giro histórico en la actitud del catolicismo contemporáneo hacia las religiones; al mismo tiempo, se observó un cambio igualmente significativo en el modo en el que las religiones empezaron a mirar el cristianismo. La Jornada tuvo un impacto fuera de lo común incluso en la opinión pública hasta el punto de que, más allá del mundo católico, y aunque solo fuera por la imagen final de los líderes religiosos con el Papa, se convirtió en uno de los grandes iconos religiosos del siglo XX. No se caracterizó por discursos o discusiones, negociaciones o diálogos, sino más bien por estar juntos en silencio y en una actitud de oración y pacífica: se vio claramente «el lazo intrínseco entre una actitud auténticamente religiosa y el gran bien de la paz», como dijo Juan Pablo II.

Asís 1986 fue el fruto de la iniciativa personal de Juan Pablo II, que subrayó en varias ocasiones su carácter excepcional de «acontecimiento histórico». Tal como escribió en 1994, «por primera vez en la historia, hombres y mujeres de religiones y creencias distintas se reunieron conmigo, en



Peregrinos de paz a la Porciúncula, Asís, 27 de octubre de 1986

el mismo sagrado lugar de Asís para invocar el don de la paz en todo el mundo». Y también: «Había deseado ardientemente aquel encuentro; quería que, ante el drama de un mundo dividido y bajo la espantosa amenaza de la guerra, brotara del corazón de todos los creyentes un grito común hacia aquel Dios que guía el camino del hombre por los senderos de la paz».ii Más tarde evocó un espectáculo maravilloso: «Tenía ante mis ojos como una gran visión: todos los pueblos del mundo, provenientes de diversos puntos de la Tierra, en camino para reunirse ante el único Dios, como una única familia».iii

Era voluntad de Juan Pablo II que el testigo de Asís 1986 fuera recogido de algún modo. El impulso que había recibido el diálogo entre religiones no debía quedar embarrancado entre las buenas palabras sino que debía dar vida a un movimiento de «buscadores de Dios y de la paz». La Comunidad de Sant'Egidio tuvo la intuición de recoger aquel testigo y continuar el camino que había trazado el Papa. Advirtió «la necesidad de que aquel movimiento espiritual que congregó y suscitó Asís, continuara y aumentara para arrancar como un río de paz las raíces amargas de la guerra».iv La definición de «movimiento espiritual» era oportuna, porque Asís 1986 no asumió la forma de una negociación, ni de un congreso sobre las religiones y la paz, sino de algo

UN FRUTO DEL CONCILIO



Encuentro de Roma, 1987

sumamente simple y profundo al mismo tiempo: una reunión de creyentes de distintas religiones alrededor de una invocación de paz para poner por delante la fuerza de la oración.

En los posteriores mensajes que enviará a los participantes de los encuentros anuales que organizará la Comunidad de Sant'Egidio, el papa Juan Pablo II, en efecto, no dejará de subrayar su felicidad por el hecho de que el 27 de octubre de 1986 haya tenido continuidad: «Me alegra ver que el camino que empezó aquel día continúa, que pasa por otras ciudades y arrastra tras de sí cada

vez a más hombres y mujeres de diferentes tradiciones religiosas».v Asís no podía limitarse a ser algo aislado: «Aquel encuentro tenía una fuerza espiritual descomunal: era como una fuente a la que se vuelve para restablecer la inspiración; una fuente capaz de desencadenar nuevas energías de paz. Por eso deseaba que el “espíritu de Asís” no solo no se apagara sino, al contrario, que se pudiera extender por el mundo, suscitando en todas partes a nuevos testigos de paz y de diálogo».vi

El papa Wojtyla siempre consideró los encuentros organizados por la Comunidad de Sant'Egidio, año tras año, en distintas ciudades del mundo, como una continuación de Asís 1986, como ponen de manifiesto los mensajes que envió y porque, antes de cada encuentro, le gustaba ver personalmente la lista de participantesvii. El espíritu de Asís no debía detenerse. Posteriormente, cada año, también el papa Benedicto XVI y luego Francisco, con sus mensajes y también con su presencia en algunos encuentros (el papa Ratzinger en Nápoles en 2007, el papa Francisco en Asís en 2016), brindaron un decisivo apoyo.



Izquierda: el papa Benedicto XVI entre el patriarca Bartolomé y el rabino D. Rosen en Nápoles en 2007.
Derecha: el papa Francisco en la ceremonia final de Asís 2016



La Jornada por la Paz de Asís representa no solo una novedad de la historia, sino también la respuesta a una exigencia que ya en épocas anteriores había dado lugar a intentos de encuentro. En 1893, casi un siglo antes, la Iglesia presbiteriana y los obispos católicos de Estados Unidos organizaron en Chicago, de 11 al 27 de septiembre, la reunión de un *World's Parliament of Religions* en el que participaron 400 representantes de dieciséis tradiciones religiosas.

Pero fue sobre todo el Concilio Vaticano II (1962-1965), el que permitió una valoración distinta de las relaciones entre las religiones y creó un nuevo clima en el estudio teológico.



Entre los pronunciamientos de la Iglesia católica que preparan el terreno para aquel encuentro cabe recordar en particular la encíclica *Ecclesiam Suam*, de 6 de agosto de 1964, la primera de Pablo VI, que anunciaba la voluntad del sucesor de Juan XXIII de hacer participar a la Iglesia en un diálogo nuevo con el mundo en toda su variedad y diversidad, y posteriormente la declaración conciliar *Nostra Aetate*, promulgada el 28 de octubre de 1965. Se trata de dos documentos que han cambiado profundamente el enfoque de la Iglesia ante el diálogo entre las religiones, que hasta entonces se consideraba poco importante o incluso se obstaculizaba. Recordó Juan Pablo II que con *Nostra Aetate*, «la Iglesia católica emprendió el camino de buscar la comprensión con las demás comunidades religiosas, no mediante fáciles irenismos sino con espíritu de respeto, amistad y solidaridad ante los valores fundamentales del hombre». Efectivamente, al tratar con un tono positivo la relación entre cristianismo, hebraísmo, islam y otras religiones, la declaración conciliar *Nostra Aetate* otorgó estatus teológico al diálogo interreligioso y alentó de modo decisivo a todos los hombres de buena voluntad a que «con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los seguidores de las demás religiones, siempre dando testimonio de la fe y de la vida cristiana, reconozcan, conserven y hagan aumentar los valores espirituales, morales y socioculturales que se encuentran en estos».^{viii}

En este contexto histórico Asís 1986 se sitúa inequívocamente después del Concilio. El encuentro, de hecho, fue posible precisamente porque ya se habían abierto algunas puertas y ventanas y ya se habían tendido algunos puentes. Durante el mismo Vaticano II, el papa Montini había inaugurado los grandes viajes apostólicos. En enero de 1964 había ido a Tierra Santa, donde se reunió con el patriarca ecuménico Atenágoras, guía de la Iglesia ortodoxa, mientras que en diciembre de 1964 había visitado la India, acercándose así a religiones no cristianas. Más tarde, el 4 de octubre de 1965, fue a Nueva York, a las Naciones Unidas, punto de encuentro de todos los países y de todas las culturas.

Después del Vaticano II, los mundos religiosos ya no se podían definir de manera aislada, no podían permanecer cerrados tras altos muros para protegerse de aquellos que eran distintos de ellos: las relaciones con las demás religiones salían de la confidencialidad de ciertos encuentros y de la excepcionalidad, o de las preocupaciones de algunos precursores como Louis Massignon o Charles de Foucauld, para adquirir un carácter central en la Iglesia católica. El encuentro de Asís daba a dicho diálogo una intensidad singular porque le confería un «espíritu», cuya importancia resaltó el mismo Papa pocos meses después, en sus discursos de 22 de diciembre de 1986 a la curia romana y de 10 de enero de 1987 al cuerpo diplomático. El Papa definió de manera muy significativa el «espíritu de Asís» con las siguientes palabras: «Que los hombres y las mujeres sensibles a los valores religiosos ayuden a los demás a redescubrir el gusto y la voluntad de caminar juntos»^{ix}.

UN PEREGRINAJE ANUAL

Durante más de 30 años, la Comunidad de Sant'Egidio ha continuado viviendo el espíritu de aquella Jornada Mundial de Oración como respuesta a la invitación final que hizo el Papa en aquel histórico encuentro: «Continuemos difundiendo el mensaje de la paz y viviendo el espíritu de Asís».

«Allí se descubrió, de manera extraordinaria, el valor único que la oración tiene para la paz – repitió el Papa pocos meses después–, y es que no se puede alcanzar la paz sin la oración, y la oración de todos, cada uno según su propia identidad y buscando la verdad».

Por eso, exactamente un año después, la Comunidad de Sant'Egidio organizó en Roma el primer encuentro internacional sobre un tema que era un manifiesto: La oración en las raíces de la paz. Fue el inicio de un camino que congregó a los participantes del primer encuentro, entre otros. Había dos obispos: el cardenal Carlo Maria Martini, arzobispo de Milán, y monseñor Pietro Rossano, obispo auxiliar de Roma y rector de la Pontificia Universidad Lateranense, que había trabajado con gran dedicación para el encuentro con representantes religiosos y había contribuido decisivamente a la preparación de la primera jornada de Asís. Al día siguiente, Juan Pablo II recibió en el palacio apostólico a los participantes y, animando a la Comunidad a continuar, le aseguró su apoyo^x.

Fue un momento importante, el inicio de una peregrinación anual que congregó a un número cada vez mayor de hombres y mujeres de fe de todo el mundo que hizo parada, de año en año, en distintas ciudades europeas y mediterráneas.

Desde entonces, y durante treinta años, hombres y mujeres de confesiones y culturas diferentes de más de 70 países han seguido reuniéndose y el Espíritu de Asís ha hermanado, ha hecho crecer acciones de paz, ha creado la conciencia del vínculo existente entre comunidades religiosas distintas y ha luchado contra la sumisión de la religión a la guerra y al terrorismo^{xi}.

La continuidad de estos encuentros se basa tanto en la repetición de los gestos como en la creatividad siempre sorprendente que aporta la presencia codo con codo de todos los colores de las religiones del mundo en los distintos contextos históricos que se han dado a lo largo de los años. Las personalidades religiosas presentes, que participan en un diálogo profundo, fuerte y respetuoso, otorgan una gran importancia a la oración por la paz y terminan formando un luminoso arco iris.



Varsovia 1989



Bari 1990



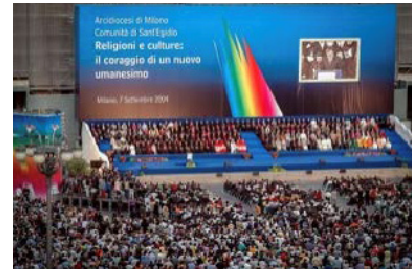
Bruselas 1992



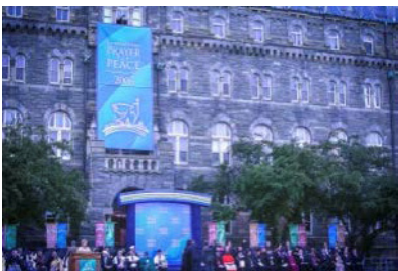
Lisboa 2000



Palermo 2002



Milán 2004



Washington 2006



Sarajevo 2012



Madrid 2019

La oración entra en la historia, recoge sus peticiones, sus dolores y sus esperanzas. Como reza el Llamamiento de Paz de la Jornada de Asís de 2016, «hemos escuchado la voz de los pobres, de los niños, de las jóvenes generaciones, de las mujeres y de muchos hermanos y hermanas que sufren por la guerra; con ellos decimos con fuerza: ¡No a la guerra! Que no quede desatendido el grito de dolor de muchos inocentes. Imploramos a los responsables de las naciones para que se desactiven las causas de las guerras: la avaricia de poder y de dinero, la avaricia de quien comercia con armas, los intereses partidarios, las venganzas por el pasado. Que aumente el compromiso concreto para remover las causas subyacentes a los conflictos: las situaciones de pobreza, injusticia y desigualdad, la explotación y el desprecio de la vida humana».

En más de treinta años de camino nos hemos confrontado con el recuerdo de las guerras mundiales y del Holocausto. Como en Varsovia, el 1 de septiembre de 1989, cincuenta años después del inicio de la Segunda Guerra Mundial, en un clima trepidante, porque un sistema, el comunista, estaba a punto de terminar.

En las décadas posteriores el espíritu de Asís ha ocupado el mundo global con sus desafíos: el acercamiento entre pueblos, pero también los conflictos del nuevo milenio, la crisis de Oriente Medio, y temas globales como las migraciones y el terrorismo que utiliza el nombre de Dios de manera inaceptable.

Es necesario destacar que desde 1986 el mundo ha cambiado mucho. En los años ochenta del siglo XX se vivía aún el tiempo de la guerra fría entre los dos bloques, el americano y el soviético, en un equilibrio basado en el enfrentamiento Este-Oeste. África era un terreno de competición entre los dos imperios. Si en 1986 la afirmación de un islam radical en el Irán de Jomeini parecía aún un fenómeno circunscrito, los años noventa fueron los de la «revancha» de Dios, según la expresión de Gilles Kepel, es decir, una época en la que todas las religiones tuvieron un papel y un peso destacados, también en las relaciones internacionales. Por último, el 11 de septiembre de 2001 abrió una época en la que se agudizó el enfrentamiento entre las religiones y las culturas, con la instrumentalización de las religiones para justificar conflictos políticos y, más recientemente, un brutal terrorismo.

El mundo se ha globalizado cada vez más, provocando nuevos temores y nuevas tensiones. La globalización, que proporciona indudables ventajas en cuanto a comunicación y circulación de cultura y de bienes, no significa mecánicamente unidad, porque el mundo globalizado es frágil, está dividido y no vive en paz: es un mundo lleno de contrastes entre pobres y ricos, un mundo «violado por una explotación que lo consume todo, incluso el futuro común»^{xii}.

El espíritu de Asís responde a una pregunta profunda que ha sobrevolado la última década del siglo XX y la primera parte del XXI: ¿cómo vivir en medio de personas de religiones distintas? Algunas tierras de convivencia secular viven momentos de profundas tensiones: desde Oriente Medio hasta África o India, por poner solo algunos ejemplos. La inmigración masiva ha creado convivencias inéditas entre comunidades de religiones diferentes incluso en países que siempre han vivido bajo una homogeneidad religiosa. ¿Cómo vivir juntos?

El desarraigo que ha conllevado la globalización ha provocado procesos de radicalización cuya justificación es contraponerse al «otro». Cuando hay contraposición crecen las más variadas formas de radicalismo. Si no existe un lenguaje consolidado del encuentro entre mundos religiosos diferentes, prevalecen los estereotipos del choque inevitable –que el estudioso norteamericano Samuel Huntington repropuso como interpretación de la historia en los años noventa– o culpabilizaciones de una comunidad o incluso de una religión por el comportamiento de individuos o de grupos. También faltan modelos «populares» para aprender a vivir juntos en la realidad cotidiana, mientras que existe un arsenal de prejuicios que fundamentan contraposiciones inevitables.

La globalización y la des-territorialización de las religiones han cambiado enormemente las relaciones entre ellas, provocando en ocasiones conflictos e incomprensiones.^{xiii}

El Espíritu de Asís, su práctica y su difusión, han sido la respuesta religiosa, concreta y cultural a la difusión de la ideología del choque de civilizaciones a varios niveles: en el mundo cristiano y en las relaciones entre las religiones. De hecho, el icono de Asís, por así decirlo, es el icono de unos junto a otros en actitud de paz y no –como dijo Juan Pablo II– de unos contra otros. Su fuerza y su sugestión cabe buscarla también en la blasfemia radicalización de la violencia que instrumentaliza los símbolos religiosos para fomentar el terrorismo y el conflicto^{xiv}.

EL CAMINO DE LA AMISTAD

El camino recorrido en estos treinta años ha logrado hacer caer los muros de incompreensión y de distancia que se habían creado a lo largo de la historia, invitando al encuentro a hombres de religión acostumbrados a vivir únicamente dentro de su propia tradición. A lo largo de este peregrinaje, etapa tras etapa, los participantes lentamente han podido descubrirse, concebir de manera distinta su misión y su servicio, crear un vínculo profundo con otras personas, provenientes de tradiciones distintas, superando así la identidad propia de cada uno. Ha sido una auténtica «escuela de comprensión recíproca».



Intervención de Andrea Riccardi en Asís 2016

Este es el camino de la amistad, que crea vínculos, que construye puentes: «Queridos amigos», así empezaba el discurso de Andrea Riccardi en el primer encuentro de Roma el 28 de octubre de 1987, «permitidme que me dirija a vosotros con esta expresión, en lugar de utilizar los títulos habituales que corresponden a vuestras personas. Tal vez el título más hermoso sea el de amigo. El padre Abrahán fue llamado así: amigo de Dios».

Los encuentros, el clima de confianza y de oración creado y cultivado pacientemente, han dado vida a un sentimiento de amistad, en el sentido de una

solidaridad humana, espontánea, religiosa, que permite superar desconfianzas históricas, vinculadas al pasado, y abrirse a un futuro de recíproca estima y de pacífica cohabitación. En ese sentido Juan Pablo II comentó: «Estos encuentros se han convertido en un “signo de los tiempos”, como diría el santo Juan XXIII, de venerada memoria. Un signo oportuno para el siglo XXI y para el tercer milenio, caracterizado cada vez más por el pluralismo cultural y religioso, para que su futuro esté iluminado desde el inicio por el diálogo fraterno y se abra al encuentro pacífico. Vosotros demostráis de manera visible cómo superar una de las fronteras más delicadas y urgentes de nuestro tiempo».

Cabe atribuir al mismo papa esta hermosa definición de los encuentros de oración por la paz: «Son un lugar de diálogo, cuyos protagonistas han aprendido a encontrarse y a comprenderse, sin esconder sus diferencias, y al mismo tiempo sin permitir que estas les alejen y aún menos los expongan a aquella violencia que en el pasado marcó tristemente la historia de los pueblos. Al contrario, cada uno de ellos ha aprendido la lengua del diálogo y de la recíproca atención, la lengua del amor, que se apresta a destacar sobre todo lo que une»^{xv}. Dicha búsqueda del diálogo y de la amistad en el respeto de las diferencias se basa en la práctica de poner de relieve un patrimonio común (la oración) que también es una arma, una fuerza débil y poderosa al mismo tiempo.

UNA FUERZA DÉBIL

Los hombres y las mujeres de religión no tienen ninguna otra herramienta en las manos que la búsqueda de Dios, el amor por los hombres y la oración, una «fuerza débil» que, rechazando radicalmente toda violencia y blandiendo el arma del diálogo, demuestra una capacidad extraordinaria de acercar a los que están lejos, de poner en diálogo a partes en conflicto, de

encontrar caminos de paz. Esa es la fuerza de la que se ha servido la Comunidad de Sant'Egidio para buscar la paz en escenarios complicados, empezando por Mozambique y siguiendo por muchos otros como Costa de Marfil, Guatemala, el sur de Filipinas, y más recientemente Libia y la República Centroafricana.



Negociaciones de paz de Mozambique (1992)



Negociaciones de paz para la República Centroafricana (2017)

Reunir a las religiones para buscar la paz fue la gran intuición de Juan Pablo II. Pero también su sucesor, Benedicto XVI, confirmó la bondad de este camino en el largo mensaje que envió en ocasión de la última oración por la paz de Asís de 2006: «...la iniciativa que impulsó hace veinte años Juan Pablo II asume el carácter de una puntual profecía. Su invitación a los líderes de las religiones mundiales para un testimonio coral de paz sirvió para aclarar sin equívoco posible que la religión solo puede ser presagio de paz. Como enseñó el Concilio Vaticano II en la declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, “no podemos invocar a Dios como Padre de todos si nos negamos a comportarnos como hermanos para con algunos hombres creados a imagen de Dios” (nº 5)».

En 2016 el papa Francisco declaró en el Encuentro internacional que se celebró en Asís: «Nosotros, aquí, juntos y en paz, creemos en un mundo fraterno y mantenemos la esperanza en un mundo fraterno. Deseamos que hombres y mujeres de religiones distintas se reúnan en todas partes y creen concordia, sobre todo allí donde hay conflictos. Nuestro futuro es convivir. Por eso estamos llamados a librarnos de los pesados fardos de la desconfianza, de los fundamentalismos y del odio. Que los creyentes sean artesanos de paz en la invocación a Dios y en la acción por el hombre. Y de nosotros, en cuanto jefes religiosos, se espera que seamos firmes puentes de diálogo, mediadores creativos de paz».

Desde entonces se han multiplicado los gestos del Papa en esa dirección. Recordamos, a modo de ejemplo, el encuentro de Abu Dabi con Ahmad Al-Tayyeb, gran imán de Al-Azhar, y la firma del Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común».



El papa Francisco en Asís el 2016



Firma del Documento sobre la fraternidad humana en Abu Dabi, 4 de febrero de 2019

ROMA 2020 - NADIE SE SALVA SOLO PAZ Y FRATERNIDAD

«Las distintas religiones, a partir de la valoración de cada persona humana como criatura llamada a ser hijo o hija de Dios, ofrecen un aporte valioso para la construcción de la fraternidad y para la defensa de la justicia en la sociedad.»

En el espíritu de estas palabras que escribe el papa Francisco en la encíclica *Hermanos todos*, la Comunidad de Sant'Egidio ha impulsado el Encuentro Internacional de Oración por la Paz entre las grandes religiones mundiales titulado «Nadie se salva solo – Paz y fraternidad».

El evento se celebrará en Roma, en la plaza del Campidoglio, el 20 de octubre de 2020.

Se retransmitirá por la web y por las redes sociales de la Comunidad de Sant'Egidio.

Para más información <https://preghieraperlapace.santegidio.org/>

¹ Discurso de Juan Pablo II, 25 de enero de 1986.

² Juan Pablo II, carta al cardenal E. Cassidy para el encuentro de Asís de 1994

³ Juan Pablo II, carta al cardenal R. Etchegaray, para el encuentro de Barcelona, 28 de agosto de 2001.

⁴ Andrea Riccardi, Discurso de introducción, Encuentro de Roma, 28 de octubre de 1987.

⁵ Juan Pablo II, carta al cardenal E. Cassidy para el encuentro de Lovaina-Bruselas, 10 de septiembre de 1992.

⁶ Juan Pablo II, carta al cardenal E. Cassidy para el encuentro de Asís, 7 de septiembre de 1994, cit.

^{vii} Véanse los libros de J.D. Durand, *Lo "Spirito di Assisi"*, Milán 2004; y de la Comunidad de Sant'Egidio, *Lo spirito di Assisi*, Cinisello Balsamo 2011.

⁸ Declaración conciliar *Nostra Aetate*, cap. 2.

^{ix} Juan Pablo II, carta al cardenal E. Cassidy para el encuentro de Asís, 7 de septiembre de 1994. El 5 de noviembre de 1978, poco después de ser elegido Papa, Juan Pablo II fue a Asís y el 12 de marzo de 1982 participó en el peregrinaje de los obispos italianos con motivo del octavo centenario del nacimiento del *Poverello*. Volvió en varias ocasiones. En enero de 1993 invitó a Asís a cristianos, judíos y musulmanes europeos para rezar juntos por la paz en Europa, especialmente en los Balcanes. El 24 de enero de 2002 quiso renovar el gran encuentro de 1986 como respuesta ideal a los atentados del 11 de septiembre de 2001.

⁹ Cfr. G. WEIGEL, *Testimone della speranza. La vita di Giovanni Paolo II, protagonista del secolo*, Milán, 1999, p. 640.

¹⁰ Andrea Riccardi, discurso inaugural de Asís 2016.

¹¹ Manifiesto de Paz, Encuentro de Aquisgrán, 9 de septiembre de 2003.

¹² Sobre las transformaciones que ha provocado la globalización en los distintos mundos religiosos, véase, entre otros, O. Roy, *La santa ignoranza, religioni senza cultura*, Milán 2009.

¹³ Cfr. Andrea Riccardi, Introducción a R. Burigana, *La pace di Assisi*, Ed Terra Santa 2016

¹⁴ Juan Pablo II, carta al cardenal E. Cassidy para el encuentro de Asís, 7 de septiembre de 1994.

